

Luis de la Palma



La Pasión del Señor



MATERIALES DE CUARESMA PARA LAICOS EN SALIDA

DE BETANIA A GETSEMANÍ

3^{er} Texto

Itinerario de cinco meditaciones para acompañar a Cristo hasta la hora de su prendimiento. Escritas a partir de los textos del P. Luis de la Palma. Preparadas por la parroquia de Binéfar, del arciprestazgo de Cinca Medio y La Litera, en la diócesis de Barbastro – Monzón.

3^a ETAPA (JUEVES SANTO)

(El lector, acompañado de sus íntimos o solo, procura colocarse ante un crucifijo e inicia su invocación:)

— En el nombre del Padre..., y del Hijo y del Espíritu Santo.

— Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía, Señor, tu Espíritu... y renueva la faz de la tierra.

— Oh, Dios, que llenaste los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo; concédenos que, guiados por el mismo Espíritu, sintamos con rectitud y gocemos siempre de tu consuelo. Por Jesucristo Nuestro Señor... Amén.

(El lector, sentado, inicia dulcemente la lectura del texto).

— En el texto anterior, terminábamos la meditación cuaresmal acompañando a Jesús en la noche del Miércoles Santo, de modo que hoy, tercer paso en nuestro itinerario de preparación hacia la Semana Santa, nos corresponde, con dolor y esperanza, evocar el Jueves Santo del Señor. Es decir, lo que le sucedió en las 24 horas anteriores a su cruel tormento y a su crucifixión. Ya sabéis: la última cena, el lavatorio de pies, la institución de la eucaristía..., su prendimiento... Sí, lo sabéis bien, paso a paso, pero ¿habéis pensado lo que significa la certeza de que también Jesús lo sabía con antelación?, ¿que Jesús conocía “todo lo que le iba a sobrevenir” y que se estuvo muriendo en cada minuto que transcurría de ese día hasta “sudar goterones de sangre que corrían al suelo, en Getsemaní”? ¿Habéis, de verdad, sopesado el valor que supone que cuando Jesús, aquél jueves, fue voluntariamente a Jerusalén, lo hizo sabiendo que allí, precisamente, le iba a ocurrir todo eso que tú y yo ahora ya sabemos, y que aun conociéndolo, y no deseándolo, aceptó por nosotros y por nuestra salvación asumir sobre su sagrado cuerpo la blasfemia, el horrible sufrimiento y la muerte de cruz?

Por la mañana del jueves, primer día de los panes ácidos, estando el Salvador en Betania o quizá ya de camino a Jerusalén, los discípulos le preguntaron dónde le gustaría que prepararan lo necesario para celebrar la Pascua. El Salvador encargó a Pedro y a Juan de los preparativos, y les dijo: “Adelantaos vosotros dos a Jerusalén y, al entrar, encontraréis un hombre con un cántaro de agua en la cabeza; seguidle hasta la casa donde vaya, y al dueño

le dais este recado de mi parte: El Maestro envía a decirte: El momento está muy cerca, quiero celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos. Y él os enseñará una sala grande, amueblada; preparad allí las cosas”. Los dos discípulos obedecieron, y todo sucedió como el Salvador les había dicho; y prepararon lo necesario para la fiesta en casa de aquel hombre afortunado a quien Jesús, con recado tan amistoso, pidió su casa.

Cuando llegó el Señor “con los demás discípulos” estaba todo preparado: el cordero, las lechugas amargas, los panes sin levadura, los bastones, las túnicas y las demás cosas necesarias para celebrar la Pascua. *«El Señor adelantó al jueves por la noche la Pascua judía, que era el viernes por la noche. ¿Recordáis que había dicho a sus discípulos: “No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar plenitud”? Ahora, volvía a ratificarlo, a cumplir la Ley y a celebrar como judío la conmemoración del éxodo de Egipto y el logro de la libertad en tiempos de Moisés; pero de este modo, al adelantar la Pascua, dio plenitud a la liberación obtenida por aquella sangre de cordero con que el pueblo hebreo pintó las jambas de sus puertas, que no era sino un símbolo de la auténtica libertad que estaba a punto de llegar al día siguiente, viernes de Pascua: La liberación del pecado por la sangre derramada del verdadero Cordero de Dios, Nuestro Señor Jesucristo»*. A la hora indicada, inició el Señor la cena de despedida, en la que anticipó la nueva Cena Pascual, instaurada en su sangre derramada: sacrificaron el cordero, rociaron con su

sangre el umbral de la casa, lo asaron al fuego y lo comieron en pie y de prisa, como quien está de paso.

Después de este ritual festivo, dejaron los bastones y se sentaron a la mesa para la cena ordinaria. Mientras comían, el Salvador, con toda su ternura, puso de manifiesto el tremendo amor que sentía por sus apóstoles: “He deseado ardientemente comer esta Pascua con vosotros antes de padecer”. Y luego, les consoló porque quedaban huérfanos, y les prometió que volverían a encontrarse en el banquete de su reino.

Durante la cena, Jesús, Hijo Único de Dios, lleno de ternura y amor a los suyos, se levantó de la mesa, se quitó la túnica, se ciñó una toalla, y echó agua en un lebrillo, se arrodilló, y se dispuso a lavar los pies de sus discípulos. Esto hizo el señor, “se humilló y tomó el aspecto de un siervo”. Y no tuvo asco de limpiar los pies sucios de los apóstoles Aquél que tuvo amor al lavar con su sangre nuestros pecados. Empezó por Pedro, al que solía dar el primer lugar como cabeza de los apóstoles. Pero, Pedro, al ver una cosa tan nueva y tan insólita, se negó con su vehemencia acostumbrada: ¡“Señor, ¿lavarme Tú a mí los pies?! El Señor insistió, pues aunque la negativa de Pedro nacía sin duda de respeto hacia su Maestro, también era debida a ignorancia: No conocía los fines que pretendía el Señor, no se daba cuenta de que quería expresar con aquello el amor fraterno que debía reinar entre ellos, manifestado en su actitud de servicio, así como la necesidad de limpieza interior antes de recibir el Cuerpo y la Sangre que poco después les iba a

dar. Pedro no veía más que lo de fuera; por eso, Jesús le respondió: “Lo que Yo hago no lo entiendes ahora”, pero “a su tiempo lo entenderás”. Pedro siguió negándose en su testarudez, quizá pensaba que el Señor sólo quería darles ejemplo de humildad, y él no podía consentir que se humillase a sus pies: “¡No me lavarás los pies ni ahora ni a su tiempo ni nunca!”

Ante la testarudez de Pedro, que no se quería dejar lavar los pies por Aquel que iba a lavar todos sus pecados, el Señor le contestó con energía: “¡Si Yo no te lavo, no tendrás parte en mi herencia!” No intentes, Pedro, impedir que lave los pecados a los hombres porque no lo puede hacer otro sino Yo, que “he venido al mundo a servir y no a ser servido, y a dar mi vida como rescate por todos los hombres”; y no exageres tu respeto y tu cortesía hasta el punto de hacerte daño a ti mismo porque, si no te lavo Yo, si no te purifico, si no te limpio hasta hacer que aflore en ti el amor y la entrega a tus hermanos, puedes despedirte de mi amistad, y serás para mí como quien no tiene nada que ver conmigo. Y al entender Pedro lo mucho que le importaba dejarse lavar, se ofreció a que le lavase “no sólo los pies, sino las manos también y la cabeza”. Entonces, el Salvador le dijo: “El que se ha bañado no tiene necesidad de lavarse más que los pies, que en todo lo demás está ya limpio”.

Luego, todos se dejaron lavar los pies, sin atreverse a oponer la menor resistencia y se mantuvieron atentos a lo que fuera a ocurrir, pues presentían que algo extraordinario iba a suceder. El Salvador “se vistió la túnica que se había quitado, se sentó otra vez a la

mesa” y, como si fuese a empezar otra nueva cena, mandó a sus apóstoles que se reclinaran como Él y les dijo: “Habéis visto lo que he hecho con vosotros. Me llamáis Maestro, y Señor, y es verdad, porque lo soy; pues si Yo, que soy vuestro Maestro y vuestro Señor, os he lavado los pies, quedáis obligados a hacer vosotros lo mismo” con caridad y humildad, aunque os desprecien. “Porque Yo os he dado el ejemplo, así que, como lo he hecho Yo, de la misma manera lo tenéis que hacer vosotros; porque el siervo no es más que su señor ni el enviado es más que el que le envía. Si entendéis bien estas cosas, seréis felices cuando las hagáis”.

Todos le miraban sobrecogidos, advirtiendo que trataba de hacer algo grande y desacostumbrado. Desconocían aún que Nuestro Señor Jesucristo, sumo y eterno sacerdote según el orden de Melquisedec, tenía que ofrecer su Cuerpo y su Sangre en un verdadero sacrificio. Con él iba a reconciliar a todo el mundo con Dios. Tomó un pan ácimo y sin levadura, de los de la cena, y levantó los ojos al cielo, hacia su Eterno Padre, para que vieran que de Él venía el poder de realizar una obra tan grande. Dio las gracias por todos los beneficios que había recibido y, especialmente, por el que en aquel momento le era dado hacer a todo el mundo. Bendijo el pan con unas palabras nuevas a fin de preparar un poco a los apóstoles a aquella grandiosa novedad que quería hacer. Partió el pan de modo que todos pudieran comer de él, y lo consagró con sus palabras. El pan se convirtió en su Cuerpo, y parecía pan, y, a la vez, su mismo Cuerpo estaba presente y también visible a los ojos de los apóstoles. Las palabras

con las que consagró el pan daban a entender claramente cuál era la comida que les daba: “Tomad, comed; esto que os doy es mi Cuerpo, el mismo que ha de ser entregado en la cruz por vosotros y por la salvación de todo el mundo”. Dio a cada uno de aquel pan consagrado, y todos lo tomaron y comieron, y sabían lo que era aquello, porque el Salvador se lo dijo con palabras bien claras.

Había también sobre la mesa, una copa de vino mezclado con un poco de agua; tomó el Señor la copa en sus manos, dio gracias al Padre Eterno, lo bendijo también con una bendición nueva, lo consagró con sus palabras y aquel vino se convirtió en su Sangre. Aquella misma Sangre que corría por sus venas estaba realmente presente también en aquella copa, y parecía vino. Las palabras con las que había consagrado el vino fueron tan claras que los apóstoles entendieron bien lo que les daba a beber: “Bebed todos de este cáliz, porque esta es mi Sangre con la que confirmo el Nuevo Testamento; la misma Sangre que será derramada por muchos, para remisión de los pecados”. El Salvador había venido al mundo para hacer una humanidad nueva, y para establecer con ella una nueva Alianza y un Testamento que sustituía a la anterior Alianza que había establecido antes con los judíos al salir de Egipto. Los mandatos de este Testamento Nuevo son más suaves y más perfectos; y las promesas que se hacen, más grandes, porque ya no se refieren a bienes temporales, sino eternos. Y este Nuevo Testamento se confirmó no con sangre de animales, como el Viejo, sino con la Sangre del Cordero sin mancha, que es Cristo. La sangre que Jesucristo derramó en la cruz tuvo la eficacia de

rescatar al mundo del pecado. Este fue el Testamento que instauró el Señor en su última cena, y estaban presentes los doce apóstoles representando a la futura Iglesia.

El Señor pretendía que este Sacrificio y Sacramento durase en su Iglesia hasta el fin del mundo, por eso, dijo: “Haced esto en memoria mía”. De modo, que no sólo consagró Él mismo el pan y el vino, sino que dio mandato a los apóstoles, para que ellos también consagrasen y perpetuaran su presencia “hasta que Él viniese” a juzgar al mundo. Les mandó expresamente que cuantas veces celebrasen este sacrificio lo hicieran acordándose de Él y del amor con que moría por los hombres. Por eso se quedaba presente entre los hombres y les dejaba un legado tan rico como es su Cuerpo y su Sangre, reales en la Eucaristía, y en ellos su alma y su divinidad, y todos los tesoros de gracia que mereció con su Pasión; así nunca podrían olvidarse de Él: “Siempre que hagáis esto, hacedlo acordándoos de Mí”.

«No le bastó a tu Amor pagar mis penas abrazado a la cruz de mis agravios, que aún quiso hacerse Pan para mis labios y Vino que corriera por mis venas. No le bastó lavar mi cobardía, que abierto el corazón de par en par, quiso buscar mi pecho por altar para entregarme en él su Eucaristía».

(El lector, sentado, aguarda un instante de silencio y reza en voz alta:)

— Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo..., como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.